

UNTREF
Biblioteca Central

BRASIL: DE LA MONARQUÍA A LA REPÚBLICA

Emília Viotti da Costa

CENTRO DE COPIADO
CENTRO DE ESTUDIANTES UNTREF
MAT.: PROBLEMAS DE HISTORIA
AMERICANA
PROF.: PAZ \$5,90 N°9 *
2009

IX. Sobre los orígenes de la república	289
La versión de los contemporáneos	289
La república vista por los republicanos	290
La versión de los monarquistas	296
Un testimonio menos comprometido	298
Los conflictos de los primeros años de la república y una nueva perspectiva historiográfica	299
Teorías civilistas y teorías militaristas	303
Nuevas perspectivas	308
Una nueva historia y una nueva historiografía	322
Contribución de un economista	328
El revisionismo marxista	329
La nueva historiografía	339
X. La proclamación de la república	345
La historiografía de la república	345
Observaciones a las versiones tradicionales	351
Datos para una revisión	360
Las contradicciones del sistema y las nuevas aspiraciones	365
El movimiento republicano	375

Introducción

Las élites brasileñas que tomaron el poder en 1822 estaban integradas por hacendados, comerciantes y miembros de su clientela, ligados a la economía de importación y exportación e interesados en el mantenimiento de las estructuras tradicionales de producción cuya base era el sistema de trabajo esclavo y la gran propiedad. Después de la independencia reafirmaron la tradición agraria de la economía brasileña; se opusieron a los débiles intentos de algunos grupos interesados en promover el desarrollo de la industria nacional y resistieron las presiones inglesas que pretendían abolir el tráfico de esclavos. Educados en la ideología de la Ilustración, eliminaron del pensamiento liberal sus contenidos más radicales y crearon una ideología esencialmente conservadora y antidemocrática para uso propio. La presencia del heredero de Braganza en Brasil les brindó la oportunidad de lograr la independencia sin recurrir a la movilización de masas. Organizaron un sistema político fuertemente centralizado que hizo a los municipios dependientes de los gobiernos provinciales y a las provincias, del gobierno central. Siguiendo la tradición colonial, subordinaron la Iglesia al Estado y mantuvieron al catolicismo como religión oficial, aun cuando, como concesión al pensamiento ilustrado, autorizaron profesar en privado otras religiones. Adoptaron un sistema de elecciones indirectas basado en el voto calificado (censual), para excluir a la mayor parte de la población del proceso electoral. Disputaron ávidamente títulos de nobleza y monopolizaron posiciones en la Cámara, en el Senado, en el Consejo de Estado y en los ministerios.¹ La adopción del principio vitalicio para el Senado y el Consejo de Estado, aseguró continuidad a las élites políticas que se

¹ Véase capítulos I y II de este volumen.

perpetuaron en el poder gracias al sistema de clientela y patronazgo, constituyéndose en una verdadera oligarquía.

En 1822 las élites optaron por un régimen monárquico pero, una vez conquistada la independencia, compitieron con el emperador por el control de la nación, el cual obtuvieron en 1831 cuando lograron que don Pedro I abdicara. En los años siguientes, los grupos en el poder sufrieron la oposición de liberales radicales que se insurreccionaron en varias partes del país. Unos se resentían por la excesiva centralización y peleaban por un régimen federativo, otros proponían la abolición gradual de la esclavitud, demandaban la nacionalización del comercio y sugerían incluso la expropiación de los latifundios improductivos. A este grupo pertenecían los que se sublevaron en Río de Janeiro en 1831. Ellos pueden ser considerados la versión brasileña de los *sans culottes*. Eran artesanos y pequeños comerciantes cuya sobrevivencia se volvía difícil debido a la creciente competencia extranjera. Contaban con el apoyo de médicos, abogados, periodistas y otros profesionales urbanos, al igual que con la masa de negros y mulatos libres radicados en los principales puertos, que no se identificaba con el punto de vista de las élites. Sin embargo, desde el inicio la oligarquía brasileña mostró poca tolerancia por la oposición. Los grupos en el poder consideraban al Acta Adicional (1834), que garantizó mayor autonomía a los gobiernos provinciales, como la última concesión a los deseos de los grupos radicales. A partir de entonces las élites se volvieron más conservadoras y trataron, según la expresión de uno de sus representantes, de "parar el carro revolucionario". Con este objetivo, el gobierno creó la guardia nacional, y puso a disposición de las "clases propietarias" una fuerza policial para mantener el poder local. El ejército fue el encargado de reprimir los movimientos disidentes en el ámbito nacional. De esta forma, a mediados del siglo XIX la oligarquía había consolidado su poder. Una nueva generación de políticos había asumido el control de la nación, gobernando bajo la tutela protectora del joven emperador, don Pedro I, cuya mayoría de edad fue anticipada. Los disidentes de los primeros tiempos desaparecieron de la escena política, desterrados por el proceso de modernización o absorbidos por el sistema. La carrera de Torres Homem, activo elemento de oposición en su juventud, autor de *Libelo do Povo*, más tarde barón, senador, consejero y ministro varias veces, reproduce a escala personal un movimiento más amplio, característico de las élites de la época. Fueron análogas las carreras de Antonio

Carlos de Andrada e Silva, Bernardo de Vasconcelos, Feijó y muchos otros que pasaron de una posición nítidamente liberal a otra relativamente conservadora.

Este movimiento encuentra paralelismo en la evolución del pensamiento liberal de este periodo. Los liberales, que durante el primer imperio habían hecho del liberalismo un arma de oposición al emperador y un instrumento de demolición de las instituciones coloniales obsoletas, se volvieron conservadores cuando tomaron el poder y debieron responder a las exigencias de los sectores más radicales.² La constitución de un Ministerio de Conciliación a mediados del siglo pasado expresó una unión temporal entre liberales y conservadores, representó la superación de las divergencias iniciales y consolidó la hegemonía de una élite básicamente conservadora. En los años siguientes, liberales y conservadores se alternarían en el poder, pero a pesar de las diferencias programáticas que los separaban y a pesar del juego político que los dividía en grupos antagónicos, mantuvieron puntos de vista semejantes respecto a cuestiones fundamentales, como en materia de economía agraria y el mantenimiento de la esclavitud.

El *bourgeois gentilhomme*, típico de la élite brasileña, empresario y aristócrata, ávido de lucros y de títulos de nobleza, asumió una posición ambigua en relación con la ética burguesa y el capitalismo. La ética capitalista con su culto de la libertad individual, su valoración del ahorro y del trabajo, su aprecio por el *self-made man* no tenía mucho sentido en una sociedad en que el trabajo era hecho por esclavos, las relaciones humanas eran definidas en términos de cambio de favores y la movilidad social dependía del patronazgo de la élite.³

El sistema de clientela y patronazgo, cuyos orígenes se remontan al periodo colonial, impidió la racionalización de la administración. La burocracia del imperio fue fuente de empleos; los burócratas, sujetos a los caprichos de la política y a la alternancia de los partidos en el poder. Las luchas políticas fueron definidas como desacuerdos de familia y de sus clientelas. La ética de favores prevalecía sobre la ética competitiva y el bien público se confundía con los bienes personales.

² Véase capítulo III de este volumen.

³ Véase capítulo VII de este volumen.

Dentro de este cuadro de relaciones, el sistema capitalista encontraba obstáculos para su desarrollo. Por otro lado, su dinamismo limitado, característico del capitalismo periférico, no era suficiente para desarticular las bases de sustentación del patronazgo.⁴ El sistema de clientela que sobreviviría al imperio enmascaraba las tensiones de clase y los antagonismos raciales. Las nuevas clases medias urbanas que se constituyeron en el transcurso del segundo reinado en los principales núcleos sociales estarían unidas a las oligarquías, de cuyo patronazgo dependían, lo cual impuso límites a su crítica. El ascenso del *bacharel* es el ejemplo del proceso de absorción de los individuos más talentosos, pertenecientes a la pequeña burguesía y a las clases populares. Ligado a las élites por lazos de familia, amistad o clientela, se volvió frecuentemente portavoz de los grupos dominantes. La expansión del mercado interno le permitió, sin embargo, desear una relativa independencia en relación con las lealtades tradicionales que lo aprisionaban. Esgrimió la bandera de patrono del "pueblo", aceptó con entusiasmo ideas nuevas, apoyó movimientos políticos disidentes y se hizo emisario del progreso que pretendía se filtrara por la tradición. En términos generales, el *bacharel* no se opuso al patriarca, tan sólo concilió. Cuando intentó oponerse, su actuación se vio frenada por falta de bases sociales que pudieran volver efectivas sus reivindicaciones más radicales, hasta que éstas se perdieran en una retórica vacía. Cuando mucho, se puso al servicio de los sectores más progresistas de las oligarquías, participando de los movimientos reformistas característicos del periodo 1870-1889, tales como la reforma electoral, la abolición y la república. Esta adhesión se presentó exactamente en el momento en que sectores nuevos de las élites agrario-mercantil exportadoras se lanzaron a un proyecto de modernización relativa del país y disputaban el poder a las élites tradicionales.⁵

Al igual que los *bacharéis*, los nuevos grupos urbanos —incluso los sectores "industriales" en formación que aparecen al final del imperio— no llegaron a desarrollar una política independiente. De esta forma, los grupos que podrían haberse definido de oposición fueron

⁴ Véase capítulo VI de este volumen.

⁵ Véase capítulo VI de este volumen.

integrados al sistema de una u otra manera, asimilando el estilo de vida y las aspiraciones de las clases dominantes.

Un fenómeno parecido ocurrió con los pocos mulatos y negros que gracias a su talento lograron ser famosos abogados, escritores, periodistas, ingenieros o políticos de renombre mediante el sistema de patronazgo. Segura de sus posiciones e imbuida de una concepción jerárquica del mundo, que ratificaba las desigualdades sociales y postulaba obligaciones recíprocas, la élite brasileña no necesitó recurrir a formas explícitas de discriminación racial.⁶ Mulatos y negros fueron en su mayoría segregados "naturalmente" por un sistema socioeconómico de dinamismo moderado y de limitadas posibilidades. Los que fueron incorporados a la élite, por la vía del sistema de clientela, adquirieron automáticamente el estatus del blanco, identificándose —no obstante la ambigüedad de su situación— con la comunidad de los blancos. Ésta fue la suerte de hombres como el novelista Machado de Assis, el poeta Cruz e Souza y el ingeniero André Rebouças.

Mediante el sistema de clientela y de patronazgo las élites brasileñas consolidaron su hegemonía sobre los demás grupos sociales, lo que contribuyó en parte a conservar la estabilidad relativa del sistema político. Todavía más importante para el mantenimiento de esta estabilidad fue la continua expansión de la economía de exportación, favorecida por el crecimiento del mercado internacional en el transcurso del siglo XIX, y la creciente demanda de productos tropicales. Sin embargo, el desarrollo económico tuvo efectos contradictorios. Al mismo tiempo que dio relativa estabilidad al régimen, asegurando la sobrevivencia de la economía agraria y exportadora, estimuló la urbanización y el desarrollo del mercado interno, generando fracturas entre sectores de la élite. Los debates en la Cámara y en el Senado respecto a la Ley de Tierras⁷ y la política de mano de obra⁸ revelan, a mediados de siglo, los primeros síntomas de esta escisión que se agravaría a partir de 1870.

La expansión del mercado internacional y el desarrollo de las vías de comunicación abrirían nuevas posibilidades para la agricultura

⁶ Véase capítulo VIII de este volumen.

⁷ Véase capítulo IV de este volumen.

⁸ Véase capítulos IV y V de este volumen.

brasileña en el siglo XIX. El desarrollo del cultivo de café en Minas, Río y Sao Paulo hizo urgente solucionar dos problemas independientes: la mano de obra y la propiedad de la tierra. Los hacendados de las nuevas áreas, preocupados con la inminente abolición del tráfico de esclavos y esperando encontrar en la inmigración la solución para el problema de la fuerza de trabajo, propusieron una legislación a fin de impedir el acceso fácil a la tierra y de forzar a los inmigrantes al trabajo en las haciendas. Los sectores más tradicionales, apoyados por algunos intelectuales europeizados que se identificaban con el pensamiento ilustrado, defendían una política colonizadora basada en la distribución de pequeños lotes a los inmigrantes, a los cuales veían como agentes civilizadores y no como sustitutos de los esclavos. La Ley de Tierras de 1850 reforzaría, sin embargo, el poder de los latifundios en detrimento del pequeño propietario. Fallaron los intentos iniciales por sustituir a los esclavos por los inmigrantes. Los hacendados del café continuaron abasteciéndose de esclavos, comprándolos en las áreas del país en donde la economía había decaído. A partir de 1850, sin embargo, la creación de nuevos tipos de inversiones (vías férreas, bancos, manufacturas, obras públicas) hizo cada vez menos productiva la inversión de capital en esclavos. Las mejoras técnicas en el cultivo del café, en la obtención de azúcar, en la producción de carne seca y el mejoramiento de los medios de transporte permitieron una racionalización relativa del proceso de producción e hicieron preferible el trabajo libre y en ciertas áreas, aparentemente, más lucrativo.

El aumento de la presión abolicionista en los centros urbanos, la promulgación de leyes emancipatorias en el Parlamento y, finalmente, la agitación de los esclavos, que empezaron a contar con apoyo de parte de la población, acabaron por desarticular a la economía esclavista. Ante lo que para ellos parecía un proceso inevitable, los hacendados de las áreas más progresistas dirigieron su atención hacia los inmigrantes.⁹ Promovida por blancos, mulatos y negros, quienes habían sido asimilados por las élites, la abolición liberó a los blancos del peso de la esclavitud y abandonó a los esclavos a su propia suerte. Los mayores beneficiarios fueron, una vez más, las élites y su clientela.

El progreso económico de la segunda mitad del siglo XIX trajo profundo desequilibrio entre los poderes económico y político.

⁹ Véase capítulo VII de este volumen.

Concebido en 1822, a los nuevos sectores el sistema político les parecía poco satisfactorio en la década de los ochenta. Las nuevas élites urbanas no se sentían lo suficientemente representadas y los hacendados de las recientes zonas cafetaleras, que producían buena parte de la riqueza del país, se veían limitados por las estructuras políticas del imperio. El Partido Republicano reclutó adeptos en estos grupos sociales insatisfechos. Republicanos y abolicionistas adoptaron un estilo político nuevo. Por primera vez, la política salía de los límites estrechos de los lazos familiares a la plaza pública. Los políticos hablaban a las poblaciones urbanas. Los poetas y escritores volvieron a hablarle al pueblo, redescubriéndolo como fuente de inspiración. A pesar de estos intentos de movilización popular, la república se realizaría como la independencia, sin la colaboración de las masas. El nuevo régimen resultaría de un golpe militar. En los medios republicanos prevaleció la estrategia conspiradora sobre la revolucionaria. Ante los ojos de las nuevas élites el ejército apareció como el instrumento ideal para derrumbar a la monarquía e instituir un nuevo régimen que las colocara en el poder. Desde la guerra con Paraguay, sectores del ejército se molestaron con el sistema monárquico. Convencidos de que los políticos civiles eran corruptos, pensaron que les tocaba a los militares una misión regeneradora, de salvación nacional. Por ello fue natural la alianza entre militares y republicanos, la cual culminó con la caída de la monarquía.¹⁰

Este breve resumen de los capítulos que siguen permite concluir que, no obstante las transformaciones ocurridas entre 1822 y 1889, las estructuras socioeconómicas de la sociedad brasileña no se alteraron profundamente, de manera que causaran conflictos sociales más amplios. El sistema de clientela y patronazgo que imperaba en toda la sociedad minimizó las tensiones de raza y de clase. El resultado de este proceso de desarrollo fue la perpetuación de valores elitistas tradicionales, antidemocráticos y autoritarios, así como la sobrevivencia de estructuras de mando que implican la marginalización de amplios sectores de la población.

En 1893, cuando la república brasileña daba sus primeros pasos,

¹⁰ Véase capítulos IX y X de este volumen.

Silvio Romero denunciaba al nuevo régimen como incapaz de fundar en Brasil "una república democrática libre". Comentando el comportamiento de las élites políticas brasileñas de su tiempo decía:

y después este sistemático desdén por el pueblo, declarado incompetente para escoger a sus representantes políticos y acusado de vicios en el manejo de este derecho [...] es nada menos que la pretensión desairosa y extravagante de dividir ahora y siempre a la mayoría válida de una nación en dos grupos, por un lado los privilegiados, los poseedores de las luces y de la dignidad moral, y por otro los ineptos y viciados, los incapaces de cualquier acción política acertada. A aquéllos, el gobierno, la dirección, el mando; a los otros la eterna tutela, la minoría, la incompetencia, perpetua. Es el régimen del privilegio en su más reciente edición, sin embargo siempre el privilegio, queremos decir el abuso y la opresión.

Y continuaba más adelante: "Este banquerismo gubernativo no pasa de una aristocracia del dinero, de un patriarcalismo del capital, la más viciada y bastarda de todas las aristocracias."¹¹

Algunos años más tarde, en 1910, en el mismo lenguaje candente, Silvio Romero comentaba: "Ignorancia, pauperismo, miseria, opresión reinan por todos lados [...] Hemos sido tan sólo el juguete del capital extranjero, deseoso de empleo con buenos intereses y de algunas corporaciones o individuos puestos a su servicio por ellos."

Criticando el proceso de ilusionismo puesto en práctica por las élites de entonces, él continuaba implacable en su denuncia: "Este sistema de eludir y consolar es mantenido consciente o inconscientemente por los poderosos que disfrutan de la política y del trabajo del pueblo brasileño. No les conviene que la nación abra los ojos porque el día que tuvieran una visión clara de sus situación [...] caerá por tierra la infame política bloquista que nos envilece."¹²

El hecho de que éstas, y otras palabras hoy impublicables, enunciadas en los inicios de la república puedan ser endosadas por un radical de nuestros días revela que, a pesar de las profundas transformaciones que la sociedad brasileña vivió en el siglo XX, no fueron

¹¹ Silvio Romero, *Parlamentarismo e presidencialismo na República Brasileira*, Rio de Janeiro, 1893, p. 56.

¹² Silvio Romero, *Provocações e debates*, Porto, Livraria Chardon, 1910, pp. 109 y 395.

resueltos algunos problemas fundamentales. La lucha de Silvio Romero en favor de una visión más objetiva de la realidad brasileña continúa siendo actual y oportuna.

Reunimos en este volumen ensayos escritos en diferentes momentos, sobre varios temas relativos a la historia de Brasil. Una preocupación les otorga unidad: entender la debilidad de las instituciones democráticas y de la ideología liberal, lo mismo que de la marginalización política, económica y cultural de amplios sectores de la población brasileña, problemas básicos del Brasil contemporáneo. Tratamos de evitar las explicaciones mecanicistas en el enfoque de los temas que, por presentar a los hombres como víctimas de fuerzas históricas incontrolables, acaban exentándolos de cualquier responsabilidad. En el entendido de que en las causas generales del proceso histórico hay siempre un margen relativo de libertad, examinamos el comportamiento de las élites brasileñas en algunos momentos decisivos de nuestra historia.

I. Introducción al estudio de la emancipación política de Brasil*

Crisis del sistema colonial

El hecho de que las colonias inglesas, españolas y portuguesas conquistaran su independencia después de más de tres siglos de dominación colonial, en movimientos sucesivos ocurridos a partir de la segunda mitad del siglo XVIII y durante la primera mitad del siglo XIX, sugiere la existencia de determinantes generales que trascienden los límites nacionales.

La primera cuestión que surge es ¿por qué se volvió imposible mantener el sistema tradicional entre metrópoli y colonia? ¿Qué circunstancias habrán llevado a la crisis del sistema colonial tradicional? La respuesta a esta cuestión presupone el estudio y comprensión de la dinámica del sistema colonial.

El descubrimiento y la explotación de las colonias europeas en América se relaciona por un lado con la formación del Estado moderno, centralizado y absoluto, y por otro con el desarrollo de una poderosa clase de mercaderes y armadores que se asociaron a la corona en las empresas marítimas y colonizadoras. La empresa colonial refleja esta alianza. La corona estaba interesada en la expansión de sus dominios y en el usufructo de las rentas coloniales. No contaba, sin embargo, con los recursos materiales y humanos para lanzarse sola a esta obra. Por eso recurrió a los mercaderes y a los banqueros que, de esta forma, se asociaron a la colonización. A su vez éstos necesitaban el apoyo de la corona para asegurar el control de los mercados, condición esencial de la acumulación del capital. La

* Edición revisada y resumida de "Introdução ao estudo da emancipação política", publicado originalmente en *Brasil em perspectiva*, Sao Paulo, 1968, pp. 73-140.

expresión teórica y práctica de esta alianza entre la burguesía comercial y el Estado fue la política mercantilista.

El carácter restricto del mercado —tanto internacional como colonial— en los primeros siglos después del descubrimiento y los riesgos del comercio trasatlántico hicieron imperativa la creación de un régimen de monopolios y privilegios que limitara la competencia y asegurara los lucros de los mercaderes y de la corona.

Como consecuencia, se prohibió a los dominios de ultramar comerciar libremente y se vieron obligados a exportar sus productos por intermedio de la metrópoli, de donde importaban las manufacturas, cuya fabricación era prohibida en las colonias. El sistema colonial montado de esta forma originalmente atendía a intereses metropolitanos, pero encontraba apoyo entre los grupos de las colonias ligados a la economía de exportación e importación.

El sistema colonial en función de la lógica del capitalismo comercial y de los intereses del Estado absolutista entró en crisis cuando la expansión de los mercados, el desarrollo creciente del capital industrial y la crisis política hicieron inoperantes los mecanismos restrictivos de comercio y de producción. Los monopolios y privilegios que habían caracterizado al sistema colonial tradicional aparecieron entonces como obstáculos para los grupos interesados en la producción a gran escala y en la generalización e intensificación de las relaciones comerciales. El extraordinario aumento de la producción proporcionado por la mecanización era poco compatible con la persistencia de mercados cerrados y de áreas vetadas por los monopolios y privilegios. El sistema colonial tradicional fue criticado, la teoría económica fue reformulada y los postulados mercantilistas sustituidos por las tesis de libre cambio, más adecuadas para el nuevo estado del desarrollo económico y para los intereses de los nuevos grupos asociados al proceso de industrialización. La transición es evidente en las regiones en que la revolución industrial se adoptó precozmente. En 1776, Adam Smith¹ criticaba en Inglaterra la política mercantil, condenaba los monopolios, los tratados de comercio y el trabajo servil, bases del sistema colonial tradicional. Pregonaba la adopción de un régimen de libre competencia y afirmaba la superioridad del trabajo libre sobre el

¹ Adam Smith, *An Inquiry into the Nature and Causes of the Wealth of Nations*, Nueva York, The Modern Library, 1927, libro IV, cap. 7, seccs. 2-3.

esclavo. De la misma forma Jean Baptiste Say, en un tratado de economía publicado en 1803,² denunciaba el carácter expoliativo del sistema colonial tradicional, diciendo que las colonias, en vez de traer beneficios para la metrópoli, eran onerosas; obligaban a gastos de mantenimiento del ejército, burocracia civil y jurídica, construcción de edificios públicos y militares. Por otro lado, en virtud del pacto colonial, la metrópoli estaba obligada a comprar productos de menor calidad y más caros provenientes de las colonias, en vez de recurrir libremente a otros centros productores.

Otros autores, como Raynal, enfocando el problema de la perspectiva de las colonias, mostraban los inconvenientes que resultaban del pacto colonial para los pueblos de América.

Unos y otros contribuían a la desmoralización teórica del sistema colonial tradicional. Prescrito por la teoría y por la práctica, el sistema vigente por tres siglos estaba a punto de desmoronarse. Dos factores retardarían el proceso: los múltiples intereses ligados a sus existencia y el distinto ritmo de las transformaciones económicas y sociales en las diferentes regiones de Europa y de América involucradas en el sistema colonial. Así, por ejemplo, mientras en Inglaterra la revolución industrial preparaba el camino para una nueva teoría de la colonización basada en la libre competencia (lo cual se haría más fácil a partir de la independencia de Estados Unidos), en Portugal, donde la revolución industrial no llegará a producir sus frutos, se trataba de reforzar el sistema tradicional. Las nuevas ideas sobre política colonial encontrarían una acogida tardía en Portugal y aun así con grandes reservas. Todavía en 1824, en opinión sobre las posibilidades de anular los efectos de la independencia de Brasil, el ministro portugués Thomaz Vila Nova Portugal argumentaba contra quienes creían que era mejor un buen tratado comercial que una colonia, diciendo que la "soberanía por poco que fuera vale más que la alianza", aun cuando sea mucha.

La crisis del sistema colonial coincidió con la crisis de las formas absolutistas de gobierno, la crítica a las instituciones políticas y religiosas, las nuevas doctrinas sobre el contrato social, la creencia en la existencia de los derechos naturales del hombre; las nuevas tesis sobre

² Jean Baptiste Say, *Tratato d'economia politica e semplice esposizione del modo con cui si formano si distribuiscono e si consumono le ricchezze*, 1803.

las ventajas de las formas representativas del gobierno, las ideas sobre la soberanía de la nación y la supremacía de las leyes. Los principios de igualdad de todos ante la ley, la valoración de la libertad en todas sus manifestaciones —características del nuevo ideario burgués— eran parte de un amplio movimiento que cuestionaba las formas tradicionales de poder y de organización social. El nuevo instrumento crítico elaborado en Europa en la fase que culminó con la revolución francesa proporcionaría los argumentos teóricos que necesitaban los ciudadanos de las colonias para justificar su rebeldía.

Los fundamentos del sistema colonial tradicional eran derrumbados por varios tipos de presión. A nivel internacional, las bases de la alianza burguesía comercial-corona, que habían dado origen al sistema colonial tradicional, estaban minadas, por un lado, por el surgimiento de nuevos grupos burgueses relacionados con el advenimiento del capital industrial y, por otro, por la pérdida de funcionalidad del Estado absolutista y el desarrollo de posiciones críticas que trataban de destruir sus bases teóricas. A nivel de las colonias el aumento de la población, el incremento de la producción y la ampliación del mercado interno habían hecho cada vez más penosas las restricciones impuestas por la metrópoli, al grado que crecían las posibilidades de participar en el mercado internacional.

Es verdad que desde el periodo inicial el régimen de monopolios dio origen a conflictos. Fueron muchos los suscitados, en el plano internacional, entre los poseedores de monopolios y los que no podían participar en el comercio. La ocupación de parte del territorio brasileño por otras naciones en distintas épocas, el ataque de piratas y corsarios, las diferentes formas de contrabando practicadas en grado creciente a lo largo de las costas brasileñas fueron expresión de esta lucha contra los monopolios y privilegios. En verdad los privilegios y monopolios concedidos a algunos habían sido blanco de críticas en la colonia.³ No eran pocos los conflictos entre productores y comerciantes, entre comerciantes y burócratas o entre los varios mercados que disputaban entre sí el usufructo de los monopolios y privilegios. Estos conflictos se expresaron en Brasil en levantamientos

³ Myriam Ellis, *O monopólio do sal no Estado do Brasil, 1631-1801*, Sao Paulo, 1955; "As feitorias baleeiras meridionais do Brasil Colonial", tesis de libre docencia presentada en la cátedra de historia de la civilización brasileña, Sao Paulo, 1968.

hasta hoy mal estudiados, como el de los Mascates en Pernambuco,⁴ de los Beckman en Maranhao⁵ y las agitaciones ocurridas en la región de Minas Gerais en la primera mitad del siglo XVIII.⁶ Durante mucho tiempo, los conflictos internos se entendieron como problemas de intereses entre los súbditos de un mismo reino. La corona aparecía siempre como la mediadora entre las partes. En el transcurso del siglo XVIII esos conflictos alcanzaron nuevas dimensiones. El pacto colonial pasó a ser visto por los colonos ya no como un contrato entre hermanos, sino como un convenio unilateral entre metrópoli y colonia, en el cual la primera era la beneficiaria; contrato que por eso mismo debía terminar.

En el caso de Brasil, el enriquecimiento y el aumento de la población después del descubrimiento de oro en Gerais estimuló el desarrollo del mercado interno en el siglo XVIII.⁷ La relativa expansión del mercado interno coincidió con la expansión del mercado internacional, lo cual contribuyó a incrementar las restricciones por parte de la metrópoli, generalizándose en la colonia un ambiente hostil al sistema colonial y receptivo al pregón revolucionario.

Terminaría así la comunión de intereses entre el productor colonial, el comerciante y la corona, garantizada por los monopolios y los privilegios mediante la cual funcionaba el sistema.

Las contradicciones y la inviabilidad del sistema no fueron percibidos de inmediato por los agentes del proceso. La corona se dio cuenta de los descaminos del oro, de los fraudes fiscales, de los prejuicios que

⁴ Charles Boxer, *The Golden Age of Brazil, 1695-1750*, Berkeley, University of California Press, 1969, pp. 112 y 125; B. Fernandes Gama, *Memórias históricas da provincia de Pernambuco*, 4 vols., Recife, 1844-1848, vol. 4, pp. 54-330; Manuel dos Santos, "Narração histórica das calamidades de Pernambuco desde o ano de 1707 até o de 1715", en *Revista do Instituto Histórico e Geográfico Brasileiro*, núm. LIII, pp. 1-307; F.A. Pereira da Costa, *Anais Pernambucanos*, 7 vols., Recife, 1951-1954, vol. 5, pp. 85-178; Mário Melo, *A guerra dos mascates como afirmação nacionalista*; Rocha Pita, *História da América Portuguesa*, libro IX.

⁵ Sérgio Buarque de Holanda (ed.), *História geral da civilização brasileira. A expansão colonial II*, Sao Paulo, Difusao Européia do Livro, 1960, pp. 383 y 386. Bernardo Pereira de Berredo, *Anais Históricos do Estado do Maranhão...*, 2a. ed., Maranhão, 1840.

⁶ A.E. Taunay, *História geral das bandeiras paulistas*, vol. IX, pp. 487-518; Manuel Cardozo, "The Guerra dos Emboabas, Civil War in Minas Gerais 1708-1709", en *Hispanic American Historical Review*, núm. XXII, agosto de 1942, pp. 470-492; José Soares de Melo, "Emboabas, Crônicas de uma revolução nativista", documentos inéditos, citados en Charles Boxer, *The Golden Age of Brazil*, op.cit.

⁷ Mafalda Zemella, *O abastecimento das capitãncias das Minas Geraes no século XVIII*, Sao Paulo, Faculdade de Filosofia, Ciências e Letras da Universidade de Sao Paulo, 1951.

el contrabando traía a los cofres reales, de la caída de la recaudación de impuestos y el frecuente desacato a los dispositivos legales. Los colonos a su vez se rebelaron contra el funcionamiento de algunas instituciones y contra determinadas medidas de la corona que parecían dañinas a sus intereses, como, por ejemplo, las restricciones a la libre circulación entre las provincias, el límite impuesto a la exportación de esclavos, el aumento de impuestos, la lentitud en la impartición de justicia, el soborno, la corrupción y los desmanes de los oficiales de la corona y las discriminaciones contra los naturales de la colonia. Los colonos que en un principio se consideraban portugueses de Brasil, creyendo que la única diferencia entre los habitantes del imperio portugués era la situación geográfica, vieron, con mayor claridad cada vez, la incompatibilidad existente entre sus intereses y los metropolitanos. La lucha que originalmente se presentaba entre vasallos y los funcionarios reales cambió su dirección, convirtiéndose en lucha de colonos contra gobierno metropolitano. Ante los colonos, los intereses de la corona se identificaron con los de la metrópoli y, por esto, el anticolonialismo era al mismo tiempo crítica al poder indiscriminado de los reyes, afirmación del principio de soberanía de los pueblos del derecho a practicarla libremente, según su arbitrio.

Fue por esta razón que las poblaciones coloniales se mostraron receptivas a las ideologías revolucionarias que se difundían en Europa en el siglo XVIII. A pesar de la censura, los libros de Rousseau, Montesquieu, Raynal y aun algunos autores más radicales, como Mably, llegaban a la colonia e inflamaban los espíritus.⁸ Más importantes que

⁸ Tomado del Auto de Seqüestro que nosotros pensamos se hizo en la casa del canónigo Luis Vieira da Silva, *Autos da Devassa da Inconfidência Mineira*, Rio de Janeiro, Ministerio da Educacao, Biblioteca Nacional, 1936, vol. 1, p. 279; E. Bradford Burns, "The Enlightenment in Two Colonial Brazilian Libraries", en *Journal of the History of Ideas*, núm. 25, 1964, pp. 430-438; Eduardo Friero, *O diabo na Ituraria do Cônego*, Belo Horizonte, 1957; Sílvia Gabriel Diniz, "Biblioteca Setecentista nas Minas Gerais", en *Revista do IHMG*, núm. 6, 1959, pp. 33-334; Bradford Burns, "The Intellectuals as Agents of Change and the Independence of Brasil, 1724-1822", en A.R. Russell-Wood (ed.), *From Colony to Nation. Essays on the Independence of Brasil*, Baltimore, The Johns Hopkins University Press, pp. 211-246; Carlos Guilherme Mota, "Idéia de revolução no Brasil no final do século XVIII. Contribuição ao estudo das formas de pensamento da Colônia", tesis de maestría, Universidade de Sao Paulo, 1967. Sobre la influencia de la revolución americana: *Autos da Devassa da Inconfidência*, pp. 142-143, 108-111, 137, 159. Sobre la influencia de la revolución francesa, véase *Autos da Devassa do Levantamento e Sedição Intentados na Baía em 1798*, vol. XXXV, Bahia, 1959, así como *Anais da Biblioteca Nacional do Rio de Janeiro. A Inconfidência da Bahia em 1798*, vol. XLV, Rio de Janeiro, 1922-1923, pp. 3-421; "Devassa ordenada pelo vice-rei de Rezende,

la seducción de los libros, en la divulgación del pensamiento revolucionario, fue el impacto de la revolución de Estados Unidos y de la revolución francesa. Los dos movimientos tuvieron un efecto revolucionario contagiante en América. Los que se resentían del dominio colonial vieron en el ejemplo de las dos revoluciones el camino para su emancipación.⁹

Las críticas hechas en Europa por el pensamiento ilustrado al absolutismo, en Brasil asumieron el sentido de críticas al sistema colonial. En Brasil, ilustración fue, antes que nada, anticolonialismo. Criticar a la realeza, al poder absoluto de los reyes, significaba luchar por la emancipación para romper los lazos coloniales. En las dos últimas décadas del siglo XVIII, las tensiones entre colonos y metrópoli se concretizaron en algunos movimientos conspiratorios, los cuales muestran la influencia de las revoluciones francesa y estadounidense y de las ideas ilustradas. En los autos de los procesos judiciales las ideas revolucionarias eran definidas como los "abominables principios franceses".

Entre el material aprehendido a los "inconfidentes" de 1789, principalmente en la biblioteca de uno de los más cultos, el padre secular Luís Vieira, se encontraron ejemplares de autores franceses: Montesquieu, D'Alembert, Turgot, Raynal, Mably y otros. José Joaquim da Silva Xavier, Tiradentes, uno de quienes encabezaban el movimiento, fue acusado de haber tratado de traducir una edición francesa de la colección de las Leyes Constituyentes de los Estados Americanos y otras obras. Los inconfidentes fueron acusados de referirse varias veces al ejemplo de las colonias americanas que habían conquistado su libertad. Varias personas, según se decía en los actos, estaban inclinadas a seguir al "partido francés". Quienes resultaron sospechosos en la investigación ordenada por el conde Rezende en la ciudad de Río de Janeiro en 1792, acusados de crimen de *lesa majestad* por tramar un levantamiento para establecer un gobierno democrático libre e independiente, también parecían estar influenciados por los "abominables principios franceses".¹⁰ Algunos años más

1794", en *Anais da Biblioteca Nacional do Rio de Janeiro*, vol. LXI, Rio de Janeiro, Imprensa Nacional, 1939, pp. 243, 251, 280, 284-285, 308-309.

⁹ *Autos da Devassa da Inconfidência Mineira*, op. cit., vol. I, pp. 108, 111, 137, 142, 161, 170.

¹⁰ *Anais da Biblioteca Nacional do Rio de Janeiro*, vol. LXI, pp. 284, 285, 302, 303, 308, 309.

tarde, en 1798, uno de los personajes involucrados en la conjura bahiana fue acusado de haber incitado a que "todos se hicieran franceses" para vivir en "igualdad y abundancia".¹¹ "Hacerse francés" en esa época significaba aceptar los principios revolucionarios llegados de Francia.

La investigación ordenada por el virrey, el conde de Rezende (1794), resume algunos de estos conceptos pecaminosos divulgados en domicilios particulares y en lugares públicos por individuos que usaban discursos "escandalosos y sacrílegos", que atacaban a la religión, a la autoridad y el poder divino de los reyes; "hablaban cosas en Francia". Los milagros no existían, los reyes no eran necesarios ni debería haber frentes coronadas, decían; también que los reyes habían recibido el poder de los hombres y no de Dios; los hombres eran libres y podían reclamar su libertad siempre, y que las leyes que gobernaban a la sociedad francesa en esa época eran justas y debían ser aplicadas en el continente americano. Incluso algunos deseaban que los franceses conquistaran la ciudad de Río de Janeiro; otros afirmaban que las Sagradas Escrituras debían dar el poder a los vasallos para castigar a los reyes. Según la opinión de los responsables de la investigación, los revolucionarios trataban de seducir al pueblo rústico e ignorante con sus conceptos y con sus palabras para alejarlos del amor y de la fidelidad debida a sus legítimos soberanos. La investigación y el proceso de los supuestos culpables fueron efectuados para evitar, como se dice en el texto, que una chispa pudiera culminar en un gran incendio.

Nada logró detener el movimiento: la prisión, el exilio ni la horca. La censura trató en vano de impedir la divulgación de las ideas nocivas para el orden vigente. Fue inútil tratar de castigar a la insurrección. Evadiendo la fiscalización, algunos libros eran introducidos en el país. Sin embargo, más que por los libros, las ideas se difundían mediante contactos personales. Los estudiantes que viajaban al extranjero para cursar estudios en Portugal o en Francia, regresaban empapados de las nuevas ideas y se convertían en sus principales difusores. En casas particulares o en las esquinas, en las academias literarias y científicas o en sociedades secretas, se analizaban —a veces superficialmente—

¹¹ "Autos da Devassa do Levantamento e Sedição Intentados na Baía em 1798", en *Anais do Arquivo Público da Bahia*, vol. XXV.

los efectos de la revolución francesa y comentaban sus lecturas ante un público curioso que trataba de difundir, si bien de manera vaga e imprecisa, lo que oía. A pesar de la represión, los "abominables principios franceses" aparecían nuevamente para justificar nuevas sublevaciones. Una insurrección que estalló en Pernambuco en 1817, todavía se inspiraba en las constituciones francesas de 1791, 1793 y 1795. Uno de los líderes del movimiento, Cruz Cabugá, había colgado en las paredes de su casa retratos de los principales líderes de la revolución francesa y de la independencia estadounidense. En lugar de emplear el término *vossa mercê*, los revolucionarios pernambucanos empezaron a usar *vós*, y en vez de *senhor* adoptaron en su correspondencia (cartas) la expresión *patriota*, evidentemente como una imitación de los revolucionarios franceses.¹²

En 1817 la revolución francesa era un hecho histórico pasado. Después de la restauración, el deseo de algunos gobiernos por anular los efectos de la revolución dio origen a una tendencia contrarrevolucionaria que se expresó en el Congreso de Viena y en la Santa Alianza. El recuerdo de la violencia cometida durante la fase revolucionaria aliviaba a muchos espíritus de las tendencias revolucionarias, favoreciendo posiciones reformistas y conservadoras; sin embargo, una generación entera había sido educada dentro de los principios revolucionarios que los hombres de la Ilustración divulgaron y la revolución francesa puso en práctica. Ellos seguirían fieles a estos principios, pero aun cuando fuera una élite pequeña era muy activa. La mayoría de la población se mantenía alejada de las especulaciones teóricas, aunque eventualmente pudiera ser movilizada en nombre de los "principios franceses" o en nombre de la patria y de la libertad, palabras que empezaron a tener un sentido mágico frente a las multitudes. La élite que fue educada en el pensamiento de la Ilustración, aun siendo pequeña tendría que desempeñar un papel importante en la independencia y, posteriormente, cuando se intentó

¹² L.F. Tollenare, *Notas dominicais tomadas durante uma residência em Portugal e no Brasil nos anos de 1816, 1817, 1818*, Lima-Recife, 1905; la parte relativa a Pernambuco está traducida del manuscrito (inédito) francés por Alfredo de Carvalho, y el prefacio lo realizó M. de Oliveira. Véase también, sobre la revolución de 1817, Francisco Muniz Tavares, *A Revolução de Pernambuco em 1817*, tercera edición conmemorativa del primer centenario, revisada y anotada por Oliveira, Lima-Recife, Imprensa Industrial, 1917; Carlos Guilherme Mota, *Nordeste, 1817, estruturas e argumentos*, Editora Perspectiva, 1972.

organizar la nación. La apertura de los puertos en 1808 y la entrada cada vez mayor de extranjeros, intensificaron los contactos entre Europa y Brasil; esto facilitó mucho más la divulgación de ideas revolucionarias.

Las sociedades secretas, como la masonería, que empezaron a multiplicarse en Brasil a fines del siglo XVIII, tendrían también un papel importante en la difusión de estas teorías. La conspiración bahiana en las postrimerías del siglo XVIII coincidió con la fundación de la logia masónica Caballeros de la Luz en la ciudad de la Barra, en 1797. En Pernambuco se fundó inicialmente el Areópago, de donde salieron dos academias: Paraíso y Suassuna. Algunos de los sospechosos en procesos e implicados en movimientos revolucionarios de la época, principalmente en 1817, pertenecieron a sus cuadros. También en Río de Janeiro se multiplicaron las sociedades secretas. Se dice que don Joao VI, al mandar averiguar la situación de las sociedades secretas, se enteró de que un gran número de personajes importantes ligados al gobierno estaba involucrado con estas organizaciones. Después de la rebelión de 1817, el 30 de marzo de 1818 don Joao decidió suspender las actividades de todas las logias. Sin embargo, fueron reorganizadas y en 1821 nuevamente realizaban actividades. Los elementos más representativos de la sociedad formaban parte de sus cuadros: profesores, funcionarios, comerciantes, hacendados y muchos sacerdotes. A diferencia de lo que pasaba en Europa, donde la masonería tenía una posición nítidamente anticlerical, en Brasil mantenía una íntima relación con el clero.¹³

En vísperas de la independencia, la masonería estaba lista para participar eficientemente y dirigir el movimiento.

Límites del liberalismo en Brasil

Aun cuando sea evidente la influencia de las ideas liberales europeas en los movimientos sucedidos en el país desde finales del siglo XVIII,

¹³ Carlos Rizzini, *O livro, o jornal e a typografia no Brasil*, Sao Paulo, Kosmos, 1945; Mario Behring, *Anais da Biblioteca Nacional do Rio de Janeiro*, vols. XLII-XLV; Célia de Barros, "A ação das sociedades secretas", en Sérgio Buarque de Holanda (ed.), *História geral da civilização brasileira...*, op. cit., pp. 191 y ss.

no se debe sobrestimar su importancia. Después de analizar los movimientos de 1789 (inconfidencia minera), 1798 (conjuración bahiana), 1817 (revolución pernambucana) inmediatamente se percibe su pobreza ideológica.¹⁴ Tan sólo una pequeña élite de revolucionarios se inspiraba en las obras de los autores europeos, que leían con más entusiasmo que espíritu crítico. La mayoría de la población inculta y atrasada no llegaba a tener conocimiento de las nuevas doctrinas sociales.

Si había barreras materiales para la difusión de las ideas ilustradas (analfabetismo, marginación del pueblo de la vida política, deficientes vías de comunicación), el mayor problema estaba en la esencia de las mismas ideas, incompatibles bajo muchos aspectos con la realidad brasileña.¹⁵ En Europa, el liberalismo era una ideología burguesa orientada contra las instituciones del antiguo régimen, los excesos del poder real, los privilegios de la nobleza, los obstáculos del feudalismo al desarrollo de la economía. En Brasil, las ideas liberales tenían un significado más estrecho, no se apoyaban en las mismas bases sociales ni tenían la misma función. Los principios liberales no se forjaron en la lucha de la burguesía contra los privilegios de la aristocracia y de la realeza, fueron importados de Europa. No existía en el Brasil de la época una burguesía dinámica y activa que pudiera servir de base a esas ideas. Los adeptos a las ideas liberales pertenecían a los grupos rurales. Las capas señoriales empeñadas en conquistar y garantizar la libertad de comercio y la autonomía administrativa y judicial no estaban dispuestas a renunciar al latifundio ni a la propiedad de esclavos. En Brasil, la esclavitud constituiría el límite del liberalismo. En todos los movimientos revolucionarios apareció el problema de la esclavitud. A pesar de las eventuales divergencias entre los participantes, prevaleció la opinión de quienes estaban contra la emancipación de los esclavos. La idea de la revolución se enfrentaba siempre con el miedo a una revuelta de esclavos. El comportamiento de los revolucionarios, excepto algunos, era frecuentemente elitista, racista y esclavista. Ya en la inconfidencia minera se discutía la posibilidad de un levantamiento de esclavos, hecho temido en un país donde el número de hombres

¹⁴ Carlos Guilherme Mota, *Idéia de revolução no Brasil no final do século XVIII*, Sao Paulo, 1967.

¹⁵ Véase capítulo III de este volumen, sobre liberalismo.

negros, libres y esclavos, superaba al de los blancos.¹⁶ Más tarde, en la conjuración bahiana, a pesar del gran número de negros y de mulatos libres y de algunos esclavos asociados al movimiento, Cipriano Barata, uno de los dirigentes de la conspiración, en carta a un amigo decía que tuviera cuidado con esos "bellacos" negros y mulatos. Los revolucionarios de 1817 se apuraron a lanzar una proclamación garantizando el derecho de propiedad de los señores sobre los esclavos: "Patriotas —se decía en la proclamación— vuestras propiedades, todavía las más contrarias al ideal de justicia, serán sagradas. El gobierno pondrá medios para cesar el mal, no lo hará cesar por la fuerza."¹⁷ El horror a las multitudes y el temor de un levantamiento de negros llevarían a esas élites a repeler las formas más democráticas del gobierno y temer cualquier movilización de masas, encarando con simpatía la idea de conquistar la independencia con la ayuda del príncipe regente.

Dentro de estas condiciones sonarían falsas y vacías las manifestaciones a favor de las fórmulas representativas del gobierno, los discursos afirmando la soberanía del pueblo, defendiendo la igualdad y la libertad como derechos inalienables e imprescriptibles del hombre, cuando en realidad se pretendía mantener esclavizada a buena parte de la población y alejada de la vida política a otra.

Una característica más del liberalismo brasileño en esta fase es su conciliación con la Iglesia y la religión. La presencia numerosa de sacerdotes en los movimientos revolucionarios fue referida anteriormente. En la "revolución de los padres" en 1817,¹⁸ fueron muchos los sacerdotes acusados de usar el púlpito para propagar las ideas de la patria y de la libertad, de frecuentar logias masónicas, de incitar a jóvenes en sus clases y de colaborar activamente con los grupos revolucionarios; había algunos a los que llamaban "guerrilleros",

¹⁶ Augusto de Lima Jr., *Pequena história da Inconfidência de Minas Gerais*, Belo Horizonte, 3a. ed., 1968.

¹⁷ Muniz Tavares, *História da Revolução de Pernambuco*; véase también Carlos Guilherme Mota, *Nordeste...*, op. cit., p. 154.

¹⁸ Sobre la participación de los padres en la revolución de 1817 véase Maria Graham, *Journal of a Voyage to Brazil and Residence there during the Years 1821-1823*, Londres, 1924, traducción al portugués, Sao Paulo, 1956, p. 121; John Armitage, *The History of Brazil*, 2 vols., Londres, 1836 (traducción al portugués con el título *História do Brasil*, Rio de Janeiro, 1943, p. 25). Véase la colección *Documentos Históricos*, Rio de Janeiro, Biblioteca Nacional, vol. CVI, pp. 150, 154, 187, 190, 206, 216, 219.

como el famoso fray Joaquim do Amor Divino (más conocido como fray Caneca) revolucionario de 1817, involucrado posteriormente en la Confederación de Ecuador (1824). El hecho de que los sacerdotes quedaran sometidos directamente al poder real, por el "derecho de padroado" que tenía la corona portuguesa, explica en parte la hostilidad del clero en relación con la monarquía y su adhesión a los movimientos revolucionarios, así como su formación en los cuadros de la masonería. Los carteles que se fijaban en las esquinas con motivo de la revolución de 1817 en que se decía "viva la patria", "viva Nuestra Señora", "viva la santa religión católica", "mueran los aristócratas", ilustraban la adhesión del clero a las ideas revolucionarias.

Naturaleza y límites del nacionalismo

Al igual que el liberalismo, el nacionalismo, asociado con frecuencia en Europa a los movimientos liberales, no tendría condiciones de asumir su pleno significado en un país cuya economía se basaba esencialmente en la exportación, donde el mercado interno era bastante limitado, las vías de comunicación escasas y por eso mismo difíciles los contactos entre las diferentes regiones. Todavía en vísperas de la independencia eran más fuertes los lazos de las provincias con Europa que entre sí. Faltaban las condiciones para propiciar una mayor integración nacional. De ahí que todos los movimientos anteriores a la independencia tuvieran carácter local y se expandieran cuando mucho a las regiones más cercanas, sin presentar un carácter más amplio. Cuando sucedió la inconfidencia minera se hablaba de la posibilidad de que Minas y Sao Paulo se unieran al movimiento. La conjuración de Río de Janeiro y más tarde la de Bahía no pasaban los límites de sus respectivos centros urbanos. Solamente la revolución pernambucana de 1817 logró aglutinar mayor número de provincias y extenderse a Ceará, Río Grande do Norte, y Paraíba. Algunos años más tarde en 1821, los diputados brasileños a las Cortes portuguesas se presentaron como representantes de las provincias.¹⁹ Se explican así los temores de uno de los principales líderes de la independencia,

¹⁹ Sérgio Buarque de Holanda, "A herança colonial, sua desagregação", en *História geral da civilização brasileira*, op. cit., p.16.

451 0078

José Bonifácio, de que al igual que en otras regiones de América la colonia portuguesa se fragmentara en varias provincias. De hecho, todos los planes recolonizadores presentados en Portugal después de la proclamación de la independencia tenían como punto de partida la idea de que era posible explotar la falta de unidad de las diferentes áreas.²⁰ La unidad territorial se mantendría después de la independencia, debido a la necesidad de conservar el territorio íntegro, para asegurar la sobrevivencia y la consolidación del movimiento.

El nacionalismo brasileño se manifestaba sobre todo como la forma de un antiportuguesismo generalizado. La mayoría de los que se adherían a ese movimiento eran de origen brasileño. Las hostilidades contra Portugal tomaron la forma de una lucha racial entre los "mestizos" y los "blanquitos del reino". Como decía uno de los incondidentes de 1789: "A estos blanquitos del reino que quieren quitarnos nuestra tierra los habremos de echar fuera."²¹ En una "Memoria histórica" que relata los acontecimientos de 1817, sobre el comportamiento de varios grupos sociales este autor afirmaba: "Esta gente vil que se compone generalmente de mulatos, negros, etcétera, entusiasmada por la palabra libertad que se expandió en el tiempo de la revolución no se muestra verdaderamente realista [...] es una rama molesta contra el trono", la cual necesita una vigilancia continua. Cuando se divulgó la noticia en Portugal sobre la proclamación de la independencia, algunos observadores cercanos al trono opinaban que se trataba de una revuelta de negros, mulatos libres y esclavos. En 1823, debido a los motines ocurridos en Pernambuco, se oían en las calles trovas como la siguiente:

Marinheiros e caiados
todos devem se acabar
porque só pardos e pretos
o país hão de habitar.²²

²⁰ Véase el parecer de Thomaz Antonio de Villanova Portugal publicado en los *Documentos para a História da Independência*, Lisboa-Río de Janeiro, Biblioteca do Rio de Janeiro, 1923, vol. I, pp. 108, 113.

²¹ *Autos da Devassa da Inconfidência*, vol. 107, p. 181.

²² Marineros y encalados/todos se deben acabar/porque sólo pardos y negros/el país han de habitar. José Honório Rodrigues, *Conciliação e Reforma no Brasil. Um desafio histórico cultural*, Río de Janeiro, Editora Civilização Brasileira, 1965, p. 38.

Para la población nativo-mestiza, la independencia significaba la posibilidad de eliminar las restricciones que alejaban a los negros de posiciones superiores, de los cargos administrativos, del acceso a la Universidad de Coimbra y al clero superior. Abolir las diferencias entre blancos, negros y mulatos, ofrecía oportunidades iguales; era éste el ideal de las masas mestizas quienes veían en los movimientos revolucionarios la oportunidad de vivir en "igualdad y en abundancia". Para ellas la independencia se constituía en un lucha contra los blancos y sus privilegios.

Bases sociales de la revolución

Bajo el rótulo de las ideas liberales se ocultaban diferentes aspiraciones, tantas como grupos sociales que se asociaron a los movimientos en favor de la independencia.

Aun cuando las conspiraciones que antecedieron a la independencia involucraron a representantes de la capas superiores de la sociedad, elementos de las poblaciones urbanas de las clases bajas se sumaron con entusiasmo a los movimientos.²³ La mayoría de incondidentes estaba compuesta por propietarios y altos funcionarios. Había también figuras de origen más modesto, como el alférez Tiradentes, algunos mulatos libres y esclavos cuya profesión era la de cochero o de artesano. En la conspiración bahiana el elemento popular estuvo más involucrado que en otras. En realidad, había dos núcleos revolucionarios con propósitos y composiciones diferentes. El primero estaba constituido por elementos instruidos y de recursos, probablemente ligados a la logia masónica Caballeros de la Luz, a la cual se afiliaban figuras importantes de la sociedad, interesados en establecer una república. El segundo incluía esclavos, negros y mulatos libres de las

²³ Véase *Anais da Biblioteca Nacional do Rio de Janeiro*, vol. LXI, pp. 243-251. Al lado de bachilleres en derecho, médicos, profesores, aparecieron zapateros, ebanistas, grabadores, orfebres. La lista de elementos populares es mayor en la conspiración de 1798. Consúltese los "Autos da Devassa", en *Anais do Arquivo Público de Bahia*, vols. XXXV y XXXVI, Imprensa Oficial da Bahia, 1959 y 1961, respectivamente. Sobre aspiraciones populares en la revolución de 1817, véase Carlos Guilherme Mota, *Nordeste, 1817...*, op. cit. Sobre participación de la oligarquía rural en la revolución de 1817, véase *Documentos Históricos*, op. cit., vols. CIII, p. 91; CVII, pp. 8-14; CIX, p. 193.

capas humildes de la población, sastres, zapateros, albañiles, peluqueros, soldados, grabadores, carpinteros y vendedores ambulantes. Ellos veían en la revolución una promesa de mejorar sus condiciones de vida mediante el establecimiento de una política de igualdad.²⁴

Los revolucionarios de 1817 pertenecían a las mejores familias dueñas de la tierra. Dentro del proceso en su contra, alegaron en su defensa que ellos no podían haber participado en la conspiración ya que disfrutaban de la mejor situación económica y social, y eran "miembros de la mayor nobleza de Pernambuco, educados en la disciplina de las diferentes clases y órdenes de la sociedad".²⁵

A pesar de que sea una exageración concluir que los representantes de las categorías más elevadas cedieron ante la fuerza irresistible de la plebe, como lo hiciera Antonio Luiz de Brito Aragao de Vasconcelos, encargado de la defensa de los reos de 1817, no hay duda que tenía razón cuando decía que el pueblo se había adherido fácilmente sin que hubiera necesidad de persuadirlo. El entusiasmo por la "maldita libertad", como se establecían en documentos de la época que denunciaban la movilización revolucionaria, se había expandido entre la población urbana, compuesta por mulatos y negros, impulsados por la idea de libertad y la de igualdad que se propagaban simultáneamente.

El comportamiento de estas masas urbanas era visto con disgusto por individuos de las capas superiores que no compartían las ideas revolucionarias. En 1817 uno de ellos describe en Pernambuco sus aprensiones en carta a un amigo en los siguientes términos: "Los cabras, mulatos y criollos eran tan atrevidos que decían que no se habían de casar más que con blancas de las mejores." Mientras, se quejaba él, "los boticarios, cirujanos, sangradores, no querían ocuparse de mí [...] hasta los barberos no me quisieron rasurar, respondían que estaban ocupados al servicio de la patria, yo mismo tenía que rasurar-

²⁴ Interrogado sobre los propósitos de la conspiración de 1798 en Bahía, el reo Manoel Faustino dos Santos Lira, mulato, libre, sastre de oficio, de 17 años, hijo de mulato libre y de madre esclava, dijo que era para "reducir al continente de Brasil a un gobierno de igualdad entre blancos, mulatos y negros, sin distinción de color, solamente de capacidad para gobernar y mandar" (*Autos da Bahia*, vol. XXXVI). En la denuncia de Joaquim José da Veiga sobre Fuao, lo acusa de haberlo instigado con promesas de igualdad y abundancia, serían ricos y saldrían de la miseria, etcétera, *Anais da Biblioteca Nacional do Rio de Janeiro*, vol. XLV, 1922-1923, p. 55.

²⁵ *Documentos Históricas*, op. cit., vols. CIII, p. 91, y CVII, pp. 8, 14. Carlos Guilherme Mota, *Nordeste, 1817...*, op. cit., pp. 201-208.

me", lo cual le parecía insoportable, como cuando los cabras, con mucha familiaridad y con sombrero, le pedían o le ofrecían tabaco.²⁶

Las diferentes fases de la revolución

Para el pueblo la independencia se volvía una lucha contra los blancos y contra sus privilegios. Para los desposeídos la revolución significaba eliminar las barreras de color, en la realización de la igualdad económica y social y en el orden existente. Para las clases superiores, hacendados o comerciantes, la condición necesaria para la revolución era el mantener el orden y la garantía de sus privilegios. De esta forma el movimiento representaba aspiraciones, a veces hasta contradictorias. Las fórmulas abstractas de los programas de los revolucionarios ocultaban los diferentes sentidos que cada grupo les atribuía. Desde entonces quedaría claro para quién y por quién el país había sido independiente. Para las élites que tuvieron la iniciativa y el control del movimiento, liberalismo significaba sólo la liquidación de los lazos coloniales; no pretendían reformar la estructura de producción ni la estructura de la sociedad, por eso la esclavitud se mantendría, lo mismo que la economía de exportación. El movimiento de independencia sería menos antimonárquico que anticolonial, menos nacionalista que antimetropolitano. Por eso la idea de la separación completa de Portugal sólo se configuró claramente cuando pareció imposible mantener la dualidad de las coronas y, al mismo tiempo, preservar la libertad de comercio.

Balance de los movimientos revolucionarios del siglo XVIII

Transferencia de la Corte

Al final del siglo XVIII el balance de los movimientos revelaba que las conspiraciones ocurridas en Minas (1789), Río de Janeiro (1792),

²⁶ *Ibid.*, vol. CII, p. 12.

Bahía (1798) fueron sofocadas en su origen, sin pasar por los niveles de confabular y tramar; en ellos sólo participaron algunos grupos representativos de la élite colonial, elementos de su clientela y algunos grupos pertenecientes a las capas urbanas descontentas con la administración portuguesa y seducidos por las ideas revolucionarias que Francia exportaba y a las cuales la independencia estadounidense les confería prestigio.

A pesar del creciente descontento de algunos grupos, nada hacía creer que el dominio portugués en Brasil se extinguiera en menos de una generación. Un hecho precipitaría el proceso: la invasión francesa en la península ibérica y el traslado de la Corte portuguesa a Brasil.

La apertura de los puertos a todas las naciones en 1808, la sede del gobierno localizada en Río de Janeiro, la elevación de Brasil a categoría de reino unido y las medidas para dotar a la colonia de una serie de instituciones adecuadas a su nueva función como sede del gobierno perjudicaron profundamente los intereses metropolitanos. Tal vez la más nefasta para los portugueses fue la extinción del monopolio comercial y la apertura de los puertos.

Hasta la transferencia de la Corte para Brasil, el comercio internacional de Portugal se realizaba en su mayor parte con Brasil. Portugal, además de consumidor, era el emporio de la distribución de todo el comercio exterior de la colonia. A pesar del creciente contrabando, Portugal mantenía todavía una situación privilegiada, debido al sistema de monopolios vigentes. Los navíos portugueses ganaban con los fletes marítimos, las aduanas con las importaciones de productos coloniales y la exportación de manufacturas extranjeras para la colonia; ganaban también los comisarios portugueses con el almacenamiento y reventa de productos. Las rentas de las aduanas constituían las únicas bases de las recetas. Por otro lado, la renta de los capitales lusitanos invertidos en el comercio colonial ofrecía amplia base de tributación. Todo este esquema de lucro se desmoronó con la apertura de puertos y los tratados de comercio con Inglaterra en los que se concedió una tarifa preferencial, más favorable que la otorgada a Portugal.²⁷

²⁷ Roberto Simonsen, *História econômica do Brasil, 1500-1800*, Sao Paulo, Editora Nacional, 1957, pp. 389-390.

De poco les sirvieron a los portugueses las medidas tomadas por Joao VI con el objetivo de garantizar los privilegios de los portugueses y reducir los efectos de la apertura de los puertos a otras naciones. En vano trató el príncipe de limitar las ventajas concedidas a los ingleses favoreciendo a los productos transportados por barcos portugueses, ofreciendo ventajas para la importación de vinos, aceites y otros artículos fabricados en Portugal o en las colonias portuguesas.²⁸ La competencia de los países más desarrollados perjudicaba a los portugueses, los cuales con nostalgia y desesperación veían extinguirse el tiempo de los privilegios y de los monopolios. Las medidas de don Joao VI para proteger a los portugueses provocaban el descontento de extranjeros interesados en el comercio en Brasil y de los propios brasileños. Presionado por intereses contradictorios, don Joao VI no conseguía satisfacer a ningún grupo y su política provocaba los resentimientos en todos.

Aparentemente los portugueses metropolitanos eran los que estaban más descontentos. En Portugal la crisis afectaba no sólo a los sectores mercantiles, también a la producción incapaz de enfrentar la competencia inglesa, en el sector manufacturero y en el agrario, donde los métodos rudimentarios usados situaban a los cereales producidos en Portugal en condiciones de inferioridad. Así, la crisis que afectaba a la economía portuguesa era de carácter internacional, relacionada con la revolución industrial en Inglaterra. Sin embargo, para los portugueses todos los males parecían venir de la permanencia de la Corte en Brasil y de la autonomía dada a la colonia.²⁹ Esperaban que el regreso de don Joao VI a Portugal implicara la anulación de las regalías concedidas a Brasil y el restablecimiento del pacto roto. No esperaban oposición ni de la colonia ni de Inglaterra, aunque ésta se beneficiase de la nueva situación creada por la transferencia de la Corte a Brasil.

²⁸ Una ley de octubre de 1808 exentó a los textiles manufacturados en Portugal de impuestos aduanales. El decreto de mayo de 1810 exentó a mercancías provenientes de China, siempre y cuando pertenecieran a súbditos portugueses. El decreto del 21 de enero de 1813 exentó a todas las mercancías portuguesas del pago de impuestos. El decreto del 18 de noviembre de 1811 prohibía a navíos que no fueran piloteados por portugués, de propiedad portuguesa o brasileña, con el 75 por ciento de la tripulación portuguesa, descargar productos en Asia. El decreto del 15 de noviembre de 1814 prohibía la navegación costera a extranjeros.

²⁹ José Antonio de Miranda, *Memória constitucional e política sobre o estado presente de Portugal e do Brasil, dirigido a El Rey Senhor D. João VI e oferecido a Sua Alteza o Príncipe Real do Reino Unido de Portugal, Brasil e Algarves, Regente do Brasil*, Rio de Janeiro, 1821.

El punto de vista portugués y brasileño

En Portugal y Brasil se publicaron diversos panfletos para tratar de demostrar la conveniencia de restablecer el pacto colonial.³⁰ En ellos se señalaba que la apertura de los puertos llevaba a la destrucción de la artesanía, del comercio local, de la navegación nacional y provocaba el empobrecimiento de las poblaciones locales en favor de los extranjeros, principalmente de los ingleses. En un panfleto publicado en 1822 en Lisboa intitulado *Reflexões sobre a necessidade de promover a união dos estados de que consta o reino unido de Portugal, Brasil e Algarve nas quatro partes do mundo* se exponía que la importación de manufacturas extranjeras provocaba el desequilibrio en la balanza en perjuicio de la economía luso-brasileña, trayendo consigo la fuga de riquezas.³¹ Francisco Sierra y Mariscal, en "Idéias gerais sobre a revolução do Brasil e suas conseqüências",³² escrito o fechado en Lisboa el 10 de noviembre de 1823, insistía en el carácter nocivo del tratado de 1810 a partir del cual se debía temer más a una oficina inglesa que a las piezas de artillería británica. A partir de ese acuerdo había entrado a Brasil el zapato hecho, los muebles, colchones y hasta féretros adornados para niño.

Junto con estos panfletos, en Brasil se publicaron otros que defendían el punto de vista opuesto. Mostraban las desventajas del pacto colonial para Brasil y enfatizaban las ventajas del comercio libre que emancipaba al país de los límites impuestos por la metrópoli.³³

Mientras que en Portugal se acumulaban descontentos, en Brasil las contradicciones de la política de don Joao VI, anulando los monopolios y privilegios antiguos, favoreciendo la liberación de la economía al mismo tiempo que creaba otros privilegios al intentar garantizar los intereses de los súbditos portugueses, también provocaban resentimiento.

³⁰ "Exame analítico crítico da solução da questão: O rei e a família real de Bragança devem, nas circunstâncias presentes voltar a Portugal ou ficar no Brasil?", en *Documentos para a história da independência*, Lisboa, Oficinas Gráficas da Biblioteca Nacional, 1923, vol. I, pp. 208 y ss.

³¹ José Vicente Gomes de Moura, *Reflexões sobre a necessidade de promover a união dos estados de que consta o reino unido de Portugal, Brasil e Algarve nas quatro partes do mundo*, Lisboa, 1822.

³² Francisco Sierra y Mariscal, "Idéias gerais sobre a revolução do Brasil e suas conseqüências", en *Anais da Biblioteca Nacional do Rio de Janeiro*, vols. XLIII-XLV, 1921, pp. 31 y 81.

³³ *Memórias sobre as principais causas porque deve o Brasil reassumir os seus direitos e reunir as suas províncias*, ofrecida al príncipe real por R.J.G., Rio de Janeiro, 1822.

miento. Tollenare, quien recorría Brasil entre 1816 y 1818, observaba lo difícil que era para el rey de Portugal y de Brasil actuar paternalmente con dos pueblos que tenían intereses opuestos. Decía: "Uno no puede vivir sin el monopolio y el progreso del otro exige su supresión."³⁴

A partir de la apertura de puertos, el impulso dado a la economía mostraba el carácter obsoleto de las remanentes instituciones coloniales que entorpecían la libre expansión de la economía. Ante los ojos de la población brasileña era cada vez más odiado el monopolio de los cargos administrativos por los portugueses. Todo esto multiplicaba los puntos de conflicto y aumentaba los motivos de insatisfacción de uno y otro lado.

La literatura de la época, a pesar de la censura, contenía muchas denuncias contra las instituciones arcaicas. Por ejemplo, *O Correio Brasiliense*, publicado en Londres por Hipólito da Costa, consideraba imposible que en 1817 un país como Brasil, que crecía todos los días en su población y civilización al grado de constituir una gran nación, sufriera la perpetuación de un sistema de gobierno militar y de las instituciones coloniales que se establecieron cuando sus poblados eran simples presidios o plantaciones. La opinión de los viajeros de la época no era muy diferente. Se escandalizaban con las trabas absurdas impuestas a la circulación y al comercio y con la ineficiencia de la burocracia.³⁵

Las restricciones impuestas por las barreras al tráfico interprovincial a la libre circulación, favorecida por los muchos estancos remanentes, la preponderancia de los funcionarios portugueses, los privilegios de que gozaban en la sociedad, los excesos del fisco, la venalidad y la morosidad de la justicia y de la burocracia en general, estimulaba los descontentos y los conflictos.

Revolución del Porto

El año de 1820 traería cambios profundos en el panorama político. En enero inició en España la revolución liberal. Puesto en alerta por

³⁴ Tollenare, *Notas dominicais...*, op. cit.

³⁵ J. Friedrich von Weech, *Reise über England und Portugal nach Brasilien und den vereinigten Staaten das La Plata Stromes während 1823 bis 1827*, Munich, 1835, citado por Manuel de Oliveira Lima, *O movimento da independência*, Sao Paulo, Melhoramentos, 1922, p. 36.

sus consejeros, don Joao VI se apresuró a decretar varias medidas para reforzar las anteriores y tratar de beneficiar al comercio portugués y evitar se propagara la revolución en Portugal. Sin embargo, las medidas no fueron suficientes para detenerla. El 24 de agosto de 1820 la ciudad de Porto se sublevó. Las Cortes se constituyeron y exigieron la promulgación de una constitución parecida a la española. Asimismo se exigía el regreso de Joao VI a Portugal.

Los acontecimientos repercutieron en Brasil, donde se multiplicaron las adhesiones a la revolución constitucionalista de Porto. Portugueses y brasileños, comerciantes y hacendados, funcionarios de la corona y militares se adhirieron a la revolución con motivos diferentes y contradictorios. Las contradicciones no eran aparentes. Comerciantes y militares portugueses identificados con los intereses metropolitanos apoyaban la revolución en espera de restablecer el pacto colonial. Hacendados, comerciantes nacionales o extranjeros, empleados de la corona radicados en Brasil, cuyos intereses los hacían identificarse con la causa, veían en la revolución una conquista liberal que echaría por tierra al absolutismo, los monopolios y los privilegios que sobrevivían. Creían que la institución de un gobierno constitucional les daría la oportunidad de representar a los intereses de la colonia en las Cortes, consolidando las regalías conquistadas en 1808 y ampliadas en 1815 con la designación de Brasil a la categoría de reino.

La contradicción entre los intereses de los grupos metropolitanos y coloniales no tardaría en manifestarse. La revolución realizada en nombre de los principios liberales, insurreccionándose contra el absolutismo real para erigir un gobierno constitucional, asumiría en Portugal un sentido antiliberal, ya que uno de sus principales objetivos era destruir las concesiones liberales hechas por Joao VI a Brasil.

En los meses siguientes a la revolución de Porto se constituyeron en varias provincias brasileñas juntas gubernamentales provisorias. En Río de Janeiro, el 20 de febrero de 1821, ante la ambigüedad de Joao VI y su renuencia para atender las solicitudes de las Cortes portuguesas, hubo un pronunciamiento militar junto con manifestaciones en la calle que culminaron en el compromiso de Joao VI de aceptar y hacer cumplir la constitución que votaran las Cortes. Obligado a jurar una constitución inexistente, Joao VI se apuró en presentar un decreto por el cual las Cámaras del país estaban obligadas a proceder al mismo juramento. En la misma ocasión se dieron

instrucciones para la elección de diputados brasileños que deberían integrar las Cortes en Lisboa.³⁶

Finalmente Joao VI decidió, a disgusto, regresar a Portugal, donde lo esperaba una asamblea hostil y reivindicadora. Partió el 25 de abril dejando como regente a su hijo Pedro.

Mientras estos acontecimientos pasaban en Río de Janeiro y en las capitales de las provincias, la población rural, compuesta en su mayoría por esclavos y agregados de las haciendas, permanecía ajena a los hechos. A un viajero francés que recorría Sao Paulo en esa época, Saint-Hilaire, le impresionó que la constitución del gobierno general por la Junta Gubernamental en Sao Paulo no provocara ningún entusiasmo. La única cosa que parecían comprender los paulistas era que el restablecimiento del sistema colonial les causaría daño; porque si los portugueses fueran los únicos compradores de su azúcar y café, ya no venderían mercancías tan caro como lo hacían desde que habían podido comerciar libremente.³⁷

Las ideas liberales o republicanas no parecían conmover a las poblaciones del interior, fieles al rey en general, a quien consideraban todavía el amo supremo de su existencia y de la de sus hijos. Aislada por las dificultades de comunicación y por los medios de transporte, la mayoría de la población parecía estar mal informada e indiferente a los hechos. En su opinión las agitaciones eran promovidas por extranjeros y las revoluciones en las provincias eran obra de algunas familias ricas y poderosas. Al viajero francés le parecía que la mayoría de los brasileños no tenían opinión sobre la dinámica de la administración. No divergían entre sí por motivos ideológicos, pero sí por rivalidades entre ciudades, odios de familias, simpatías o antipatías individuales o "motivos mezquinos iguales a éstos". No pasaba desapercibida para el observador la profunda indiferencia de las capas inferiores de la sociedad. La masa popular, decía él, se quedaba indiferente pareciendo preguntar como el burro de la fábula: "¿No tendré que cargar toda la vida la alabarda?"³⁸

En el interior del país lo que parecía valer era la actitud del jefe local

³⁶ Sobre los incidentes en 1821-1822, véase Carlos Guilherme Mota (ed.), *1822 Dimensões*, Sao Paulo, Editora Perspectiva, 1972.

³⁷ Auguste de Saint-Hilaire, *Segunda viagem a São Paulo e quadro histórico da Província de São Paulo*, Sao Paulo, 1953, p. 100.

³⁸ *Ibid.*, pp. 103 y 106.

y no las ideas políticas, poco conocidas o mal asimiladas en general. La ignorancia de las poblaciones del interior es retratada en un hecho ocurrido en Ceará durante el juramento de las bases de la constitución portuguesa proclamada el 14 de abril de 1821. Al llegar la noticia al sertón, la palabra constitución provocó las más variadas interpretaciones, esto en una región que había participado en 1817 en la revolución realizada en nombre de las ideas liberales y constitucionalistas. Unos decían que la constitución era una innovación de la forma de gobierno en perjuicio del rey, por lo tanto una impiedad, un atentado contra la religión, según las afinidades entre Dios y el rey. Otros consideraban que la constitución era un atentado a la libertad de los pobres, a los cuales se pretendía esclavizar. Finalmente, otros la veían como una entidad palpable y perversa. Las poblaciones rurales, inmersas en la ignorancia, seguían a los potentados locales, de cuya clientela eran parte. En Crato, la constitución no fue jurada porque el líder político local, capitán mayor José Pereira Filgueiras, no lo permitió, mientras en el jardín Villa Cercana, donde el vicario Antonio Manuel se manifestaba en favor, la constitución fue jurada sin la menor duda.³⁹

Conflicto entre portugueses y brasileños

El conflicto de los puntos de vista entre liberales portugueses y brasileños no tardó en surgir. Las medidas tomadas por las Cortes hizo patente la nueva orientación tomada en relación con Brasil; revelaron las intenciones de restringir la autonomía administrativa de la colonia, limitar la libertad de comercio, restablecer monopolios y privilegios que habían disfrutado los portugueses antes de que se transfiriera la Corte portuguesa a Brasil. Antes de que los representantes brasileños tuvieran tiempo de llegar a Lisboa, las Cortes ya habían decidido transferir a Portugal el Desembargo del Paço, la Mesa de Conciencia y Órdenes, el Consejo de Hacienda, la Junta de Comercio, la Casa de Suplicación y otras reparticiones instaladas en el país por Joao VI. Los

³⁹ Joao Brígido, *Apontamentos para a história do Cariri*, pp. 80-81, citado por Maria Isaura Pereira de Queiroz, *O mandonismo local na vida política brasileira, da Colônia à Primeira República*, Sao Paulo, Estudos de Sociologia e História, 1957, p. 216.

decretos de septiembre y octubre determinaban el regreso del príncipe regente a Portugal y se designó para cada provincia, en calidad de delegado del Poder Ejecutivo, un gobernador de armas, independiente de las juntas gubernamentales que se habían creado. Al mismo tiempo se destacaban nuevos contingentes de tropas con destino a Río de Janeiro y a Pernambuco.

Las decisiones tomadas por las Cortes repercutían en Brasil como una declaración de guerra, provocando manifestaciones de descontento. Se hacía patente que los diputados brasileños con un número menor al de los representantes portugueses (75, de los cuales sólo 50 comparecían de un total de 205), nada podrían hacer en Lisboa en defensa de los intereses brasileños. En Brasil crecía el número de adeptos a la independencia. En las paredes aparecían proclamaciones; eran dejados panfletos en el umbral de las casas protestando contra la política de las Cortes e incitando a la población y al príncipe a resistir.⁴⁰

Los propósitos recolonizadores de las Cortes habían causado problemas entre colonia y metrópoli, poniendo en riesgo la relación de compromiso deseada por la mayoría de la clase dominante de Brasil. Inicialmente ésta veía con simpatía la institución de una monarquía dual, siempre que fuera resguardada la autonomía de Brasil. Ésta era la opinión, por ejemplo, de José Bonifácio, dirigente en el movimiento de independencia,⁴¹ el cual veía con recelo las situaciones revolucionarias que implicaban movilización de masas. Pero no era el único que se declaraba enemigo de la democracia y confesaba su aversión a las masas en general. La aversión a las formas populares de gobierno, la desconfianza respecto a la masa ignorante que componía a la mayoría de la población, el temor al levantamiento de esclavos que pudiera propiciar la situación revolucionaria los llevaría a ser tolerantes, mientras pudieran, con la monarquía portuguesa. Finalmente rompieron con ella cuando percibieron la inviabilidad de la unión. El príncipe regente les pareció el instrumento ideal para la conquista y consolidación de la autonomía deseada, sin que para esto fuera necesario movilizar a la población.

⁴⁰ *Documentos para a história da independência*, Río de Janeiro, 1923, vol. I, p. 361.

⁴¹ Véase capítulo II de este volumen.

El "me quedo" y la proclamación de la independencia

El 9 de enero de 1822 el príncipe, en respuesta a la solicitud del Senado de la Cámara de Río de Janeiro, decidió desobedecer las órdenes de Lisboa y permanecer en Brasil. No era todavía una ruptura, ya que el gesto de desobediencia fue acompañado con gritos de ¡Vivan las Cortes! ¡Viva la religión! ¡Viva la constitución! ¡Viva el rey constitucional! ¡Viva el príncipe constitucional! ¡Viva la unión de Portugal con Brasil! Se trataba de mantener abierta la posibilidad de constituir una monarquía dual con sede simultánea en Portugal y Brasil, pretendiendo mantener a Brasil como reino unido a Portugal. Se intentaba al mismo tiempo de mantener la autonomía administrativa y comercial lograda.

Hacia el príncipe convergieron las aspiraciones más contradictorias. Para los portugueses representaba la posibilidad de mantener unido Brasil a Portugal. Creían que solamente la presencia del príncipe en Brasil podría evitar un movimiento separatista. Lo mismo sucedía con los brasileños que deseaban la preservación de las regalías obtenidas y pretendían una monarquía dual. Para los que deseaban la independencia definitiva y total, pero temían las agitaciones del pueblo, el príncipe representaba la posibilidad de realizar la independencia sin alterar el orden.

La tensión entre la colonia y la metrópoli empeoró después del "me quedo". El príncipe buscó apoyo entre los hombres de prestigio del país y de reconocida fidelidad a la monarquía.

La idea de la monarquía dual

Durante algún tiempo se mantuvo la esperanza de la unión de las dos coronas. El 22 de mayo de 1822, cuatro meses antes de la independencia formal, el Senado de la Cámara de Río de Janeiro redactaba una solicitud para que fuera convocada una Asamblea General de las Provincias de Brasil, con el objetivo, entre otros, de deliberar sobre las condiciones más justas en que Brasil debía permanecer unido a Portugal. La monarquía dual, con dos congresos, regente y tribunal brasileños fue la sugerencia presentada el 17 de junio de 1822 a las Cortes portuguesas por la comisión encargada de los artículos

adicionales a la constitución para Brasil. Todavía en vísperas de la independencia ésta era la intención de los consejeros del príncipe, según revelan las Actas del Consejo.⁴² En una reunión que tuvo lugar el 3 de junio de 1822 una representación dirigida al príncipe solicitando la convocación de la Asamblea General de los Representantes de la Provincias afirmaba: "Brasil quiere la independencia basada en la unión, bien entendida, con Portugal, quiere a fin de cuentas presentar dos familias regidas por sus leyes particulares, condicionadas por sus intereses, obedientes al mismo jefe."

La intención de mantener unidos al reino de Brasil y al de Portugal respetaba la autonomía administrativa, cara para algunos brasileños y portugueses, sin embargo, no encontraría posibilidades de consolidarse. El reconocimiento de la autonomía de la colonia significaría la perpetuación del régimen de libre comercio instituido con carácter provisional en 1808, el mismo que las Cortes pretendían abolir.

La reacción de Portugal a la actitud de rebeldía del príncipe empeoraría las reacciones y llevaría a la radicalización del proceso. José Bonifácio, quien había sido llamado para asesorar al príncipe, era considerado en Portugal traidor. Un texto de la época, fechado en 1822 y publicado en Bahía bajo el título de *Reforço patriótico ao Censor Lusitano na interessante tarefa que se propôs de combater os periódicos*⁴³ acusaba a José Bonifácio y a su familia de traición. Cualquier conciliación se volvía cada vez más difícil.

Tres partidos se disputaban el liderazgo de los hechos. Un partido predominante portugués, compuesto en su mayoría por comerciantes ansiosos por restablecer antiguos privilegios, concentrados en su mayoría en Río de Janeiro y ciudades portuarias del norte y noreste del país. Se unían a ellos militares y algunos funcionarios de la corona. Estaban decididos a defender la política de las Cortes "a costa de sus vidas y haciendas". El segundo partido estaba compuesto por brasileños y portugueses reclutados entre las clases dominantes, los más poderosos en propiedades y empleos de representación: altos funcionarios, hacendados, comerciantes ligados al comercio francés o inglés que deseaban la autonomía y encaraban con simpatía la fórmula de

⁴² Arquivo Nacional do Rio de Janeiro, Atas do Conselho de Estado, 1822-1823, caja 295.

⁴³ *Reforço patriótico ao Censor Lusitano na interessante tarefa que se propôs de combater os periódicos*, Bahía, 1822.

la monarquía dual soñando con una constitución en que figuraran como *lords*. Ante la imposibilidad de mantener unidas a las dos coronas y preservar al mismo tiempo las regalías y autonomía ya alcanzadas, terminarían aceptando la idea de ruptura con Portugal, apoyando y estimulando las tendencias separatistas del príncipe. Finalmente el Partido Republicano, también interesado en la independencia, estaba compuesto en su mayoría por elementos de tendencias más radicales y democráticas, "ligados a actividades urbanas": farmacéuticos, periodistas, orfebres, médicos, profesores, pequeños comerciantes y sacerdotes. Un número importante de ellos, dirigidos por Gonçalves Ledo y Januário da Cunha Barbosa, se habían reunido en la logia masónica Gran Oriente. Soñaban con un régimen republicano como el adoptado en los otros países de América. Era un partido de larga tradición revolucionaria cuyos orígenes se remontaban a los movimientos insurreccionistas del periodo colonial, cuando era posible pensar en la autonomía en términos republicanos. Este partido se vio debilitado desde el momento en que surgió la posibilidad de alcanzar la independencia bajo la dirección del príncipe. No fueron pocos los que, como Antonio Carlos, hermano de José Bonifácio de Andrada e Silva y exrevolucionarios de 1817, se sintieron completamente seguros para adoptar en 1822 la resolución monárquica que ofrecía la garantía de una revolución de arriba hacia abajo, sin la movilización popular. En el periódico de Januário da Cunha Barbosa y Gonçalves Ledo, considerados republicanos, liberales y demócratas, pocos días después del "me quedo" aparecía: "Brasil, al adoptar al príncipe, adoptó el partido más seguro, va a gozar de los bienes de la libertad sin las conmociones de la democracia y sin las violencias de la arbitrariedad."

El liderazgo del príncipe permitió la aglutinación de los grupos más diversos. Debido a conflictos de índole personal que se manifestaban frecuentemente en hostilización recíproca —como en el caso de Ledo perseguido por José Bonifácio y hecho preso por orden suya—, las divergencias entre esos grupos no eran lo suficientemente fuertes al grado de impedir la unión en torno al príncipe.

Pocas semanas después del dramático incidente del "me quedo" se convocó a un Consejo de Procuradores Generales de las Provincias a fin de analizar las decisiones de las Cortes y considerar su aplicación en Brasil, promoviendo dentro de los límites impuestos por el Poder Ejecutivo las reformas y mejoras necesarias para la prosperidad y el desarrollo del territorio brasileño, como se diría en el texto de la

convocatoria. Inmediatamente después un decreto prohibía el desembarque de tropas provenientes de Portugal. En seguida, ante la agitación de los batallones sitiados en Río de Janeiro, que veían con malos ojos el acto de rebeldía del príncipe, éste determinó su salida a Portugal. En mayo de 1822 se ordenó que no se ejecutara ningún decreto de las Cortes portuguesas sin la autorización del príncipe. Ese mismo mes recibió el título de Defensor Perpetuo de Brasil otorgado por el Senado de Río de Janeiro.⁴⁴

Mientras la adhesión de Río de Janeiro a la causa del príncipe parecía incuestionable, las resistencias aparecían en otros puntos del país, principalmente en las provincias del norte, donde había una gran concentración de comerciantes portugueses ligados al comercio de exportación e importación y era numeroso el efectivo de las tropas portuguesas. Estas regiones dudaban en adherirse al movimiento ocurrido en Río de Janeiro, preferían conservarse subordinadas a las Cortes. José Bonifácio, brazo derecho del príncipe, consciente de las resistencias, trataría de cualquier manera de ganar el apoyo de estas provincias enviando emisarios especiales, para buscar entre las clases dominantes el apoyo necesario.

En Río de Janeiro se trabajaba en favor de una Asamblea Constituyente que permitiera la reunión de representantes de las diferentes regiones del país, con el objetivo, según se decía, de verificar la viabilidad de aplicar en Brasil la constitución en elaboración por las Cortes, establecer las enmiendas necesarias y deliberar respecto a las condiciones más justas en que Brasil debería permanecer unido a Portugal. En un documento dirigido al príncipe hecho por el Senado de Río de Janeiro el 23 de mayo de 1822 se aprovechaba para denunciar las intenciones recolonizadoras de las Cortes protestando contra el "devastador proyecto de ser de nuevo Lisboa el emporio exclusivo del comercio de Brasil [...] como ruina segura de nuestra agricultura, oposición al levantamiento de nuestras fábricas e infracción violenta de nuestros labradores que un derecho inviolable ha de vender los géneros de su cosecha a quien les ofrezca mejor mercado".⁴⁵ Éste era el punto crucial, el centro de divergencias irreconciliables entre la colonia y la metrópoli.

⁴⁴ Colección de Leyes y Decisiones.

⁴⁵ Documentos para o estudo da história da independência, pp. 378, 381, 383 y ss.

Con el paso de los días la tensión crecía y las medidas tomadas por el gobierno de Río de Janeiro agravaban la situación, volviendo el proceso cada vez más irreversible y la separación inminente.

Para enfrentar en Bahía a las tropas del general Madeira, que se rehusaban a obedecer las órdenes del príncipe, José Bonifácio contrató los servicios del general francés Pedro Labatut, quien había servido en la guerra peninsular, se había alistado posteriormente en los ejércitos revolucionarios de América, colaborando en la campaña de Colombia con Bolívar, con quien terminó sin entenderse. Había partido después para las Antillas, para la Guyana Francesa y finalmente para Río de Janeiro. En Brasil dirigiría el llamado ejército pacificador con el grado de brigadier.

En junio de 1822 don Pedro convocó a la Asamblea Constituyente. Esto no era todavía la proclamación formal de la independencia, ya que se mantenía la unión con "la gran familia portuguesa", difícil de mantenerse en realidad debido a los actos irrespetuosos hacia las órdenes de las Cortes. Parece que José Bonifácio no mostró gran interés por la convocatoria de la Constituyente. No confiaba en la capacidad deliberativa de una asamblea electa democráticamente. Aspiraba a un gobierno de "sabios y honrados" y no creía que el voto no calificado diera buenos resultados. En la época no faltó quien difundiera que lo oyó decir: "He de ahorcar a estos constitucionales en la plaza de la Constitución." Cierta o no, los rumores contribuyeron para ampliar la distancia entre el ministro y el grupo más radical, liderado por Ledo. Éste como consejero trató sin éxito de que se adoptara un sistema de elección directa, que consideraba más democrático, pero ganó la propuesta de elección indirecta, más de acuerdo con la opinión de la mayoría.

No eran pocos los que pensaban como Caetano Pinto de Miranda Montenegro cuando afirmaban que las elecciones directas servían a los países de población homogénea, en los cuales estaban difundidas las luces y virtudes sociales. Según él, los brasileños no estaban preparados para la elección directa.

La decisión del 19 de junio de 1822 establecía las condiciones para seleccionar el electorado y revelaba la intención clasista que la inspiraba.⁴⁶ Concedía derecho de voto a todo ciudadano casado o soltero, de 20 años de edad, que no fuera hijo de familia. Quedaban

⁴⁶ Colección de Leyes y Decisiones.

excluidos los que recibieran salarios o *soldadas* (salario de criados), con excepción de los cajeros de casas de comercio, los criados de la Casa Real (que no fueran de galón blanco), los administradores de las haciendas rurales y fábricas. Se impedía votar también a los religiosos regulares, a los extranjeros no naturalizados y a los criminales. A pesar de las discriminaciones, estas disposiciones eran más democráticas que las que se institucionalizaron más tarde, después de consumada la independencia, cuando se adoptó un sistema para la elección de los votantes, electores y elegibles basado en la renta creciente. Estos dispositivos excluyeron a la mayoría del pueblo del sistema político, reservando a una minoría el acceso al poder.

La convocatoria de la Constituyente prácticamente era una declaración de independencia. Inmediatamente después de su convocatoria, José Bonifácio tomó medidas que pretendían garantizar la autonomía. El 21 de junio impuso como condición de admisión para un cargo público el juramento previo a la causa de la unión e independencia de Brasil. El 5 de agosto los gobiernos provinciales recibieron la recomendación de no dar posesión a empleados enviados por Portugal. Aproximadamente en la misma época el príncipe determinaba que las tropas portuguesas que trataran de desembarcar en el país deberían ser consideradas enemigas.

El 1 de agosto el príncipe dirigió a la nación un manifiesto cuya autoría ha sido atribuida a Gonçalves Ledo. El 6 de agosto un nuevo manifiesto —redactado, según consta, por José Bonifácio— era dirigido a las naciones amigas. Ambos tienen el valor de manifiestos de independencia. En los dos, sin embargo, se expresaba todavía el deseo de salvar la unidad del imperio. En el primero se afirmaba que la Constituyente reconocería como rey a Joao VI. En el segundo se proclamaba la independencia política de Brasil "salvada la debida y decorosa unión con Portugal".⁴⁷

Convencido de la necesidad del apoyo de las potencias europeas, José Bonifácio desarrolló una intensa actividad tratando de captar las simpatías de los representantes de los gobiernos extranjeros. Nombró representantes brasileños junto a los gobiernos de Londres, París, Washington y Argentina.

⁴⁷ Pedro Octávio Carneiro da Cunha, "A fundação de um Império Liberal", en *História geral da civilização II(I)*; Oliveira Lima, *O movimento da Independência, 1821-1822*, Sao Paulo, Melhoramentos, 1922.

El clima de Europa no era de los más favorables para los movimientos revolucionarios. Desde el Congreso de Viena, las grandes potencias reunidas en la Santa Alianza se comprometieron a repeler todas las revoluciones que surgieran en Europa y en América. Sin embargo, José Bonifácio pensaba contar con la neutralidad del líder de la Santa Alianza, con Austria. Confiaba en la intervención de la princesa Leopoldina, hija del emperador de Austria y esposa del príncipe Pedro, quien había manifestado su simpatía por el movimiento de independencia. Confiando en la actuación de la princesa, José Bonifácio le hacía el juego al embajador austriaco, tranquilizándolo sobre el futuro de la monarquía en Brasil; al mismo tiempo lo asustaba al señalar la posibilidad de que se formaría una liga de países americanos. No era un simple juego diplomático. Realmente José Bonifácio daba mucha importancia a la alianza con países latinoamericanos. En una instrucción dada a Antonio Manuel Correia da Camara, cónsul brasileño en Buenos Aires, le recomendaba que mostrara las ventajas incalculables que podrían resultar de la formación de una confederación o de la promulgación de un tratado defensivo que permitiera a Argentina y Brasil, aliados a otros países de la América española, oponerse a los vaivenes de la política europea. Con la misma intención envió una carta a Rivadavia llamando a todos los pueblos de América a unirse contra las pretensiones de Europa. No menos valiente era el lenguaje que usaba con el enviado inglés, a quien aseguró que Brasil deseaba vivir en paz con todas las naciones extranjeras pero que jamás consentiría que interfiriesen en los asuntos internos del país.

Las noticias que llegaban a Portugal sobre los acontecimientos en Brasil hicieron que las Cortes tomaran medidas extremas. En los últimos días de agosto de 1822 llegaron a Brasil noticias de las últimas decisiones de las Cortes, las cuales limitaban las funciones del príncipe a las de un delegado temporal de las mismas, con secretarios de Estado nombrados en Lisboa, limitaban su autoridad a las provincias donde de hecho ejercía, anulaban la convocatoria del Consejo de Procuradores y mandaban procesar a quienes hubieran actuado contra la política de la Cortes.

Durante la presidencia de la princesa Leopoldina, el Consejo de Estado, reunido durante la ausencia de don Pedro, quien se encontraba de viaje en Sao Paulo, supo de las órdenes provenientes de Portugal con el propósito de enviar tropas a Brasil y de las afirmaciones

ofensivas al príncipe. José Bonifácio escribió al príncipe: "Ha sido lanzado el dardo y de Portugal sólo podemos esperar esclavitud y horrores. Venga V.A. lo más pronto posible y decídase, porque irresoluciones y medidas de agua tibia [...], para nada sirven y un momento perdido es una desgracia."⁴⁸

Hacía ya algún tiempo el ministro percibía que una monarquía dual, alentada cariñosamente, era imposible. Al fin se había convencido de su inviabilidad. Ante las disposiciones agresivas de las Cortes sólo quedaba proclamar el rompimiento con Portugal. Para don Pedro había únicamente dos opciones: obedecer a las Cortes y regresar degradado a Portugal o romper con ellas definitivamente mediante la proclamación de la independencia. El príncipe prefirió la segunda solución. Al conocer las últimas noticias, el 7 de septiembre en São Paulo proclamó oficialmente la independencia de Brasil.

Proclamada la independencia, el gobierno portugués trató en vano de retomar las negociaciones a fin de establecer la situación anterior. Poco le sirvieron las consultas hechas, en varias Cortes europeas, con el objetivo de conseguir simpatía y apoyo para su causa. La posición del gobierno inglés fue definitiva al forzar a Portugal a aceptar el hecho como consumado. Desde las primeras entrevistas del conde Vila Real, emisario portugués, con Canning, el ministro inglés dejó claro que el gobierno británico vería con poca simpatía cualquier intento de intervención colectiva de las potencias de Europa en las colonias americanas. Alguna medida en este sentido bastaría para inducir a su majestad británica a reconocer inmediatamente la independencia de las colonias. La actitud decidida de Inglaterra inhibiría cualquier intento de Portugal para usar el esquema montado por la Santa Alianza para recuperar su colonia.⁴⁹

La élite en el poder

Después de la independencia, la diferencia entre grupos radicales y conservadores se volvió más evidente. José Bonifácio, en el Apostola-

⁴⁸ Arquivo Nacional do Rio de Janeiro, caja 295.

⁴⁹ Biblioteca Nacional do Rio de Janeiro, *Documentos históricos para o estudo da Independência*, Lisboa-Rio de Janeiro, 1923, vol. I, pp. 85 y 89.